

parte de las Indias Orientales, y a la que tenemos de llegar navegando siempre al Occidente, si mis noticias no me engañan—, yo cuido que hubierais encontrado más pronto la salida de vuestras esperanzas.

—Martín: vos solamente podéis hablar en tono de consejo, porque os reconozco por maestro navegante y amigo leal. No soy, en efecto, hijo de marinos de varias generaciones, sino hijo de comerciantes humildes. Ni soy corso, ni judío español, como quiere ya la voz de la plaza. Yo os he revelado a vos muy en secreto, puesto que sois mi mejor amigo en este mundo y compartís conmigo los azares y las tormentas, cómo esos almirantes Colombos, de cuyo parentesco suelo preciarme ante la gente que necesita comenzar por ser engañada para después dar crédito a la verdad, no son parientes míos, ni Colombos más que por apodo, y ni siquiera italianos: aquél, Jorge de Bissipat, es griego; éste, Guillermo de Casenove, es francés. Con ninguno de ellos he navegado, ni servido a las órdenes del Rey René. Tampoco tengo yo nada con los buenos Condes lombardos de Plasencia. Y es cierto que mi juventud la pasé, sin estudios en Pavía ni en parte alguna, pegado al telar de mis padres, pues heredar el oficio es toda la sabiduría de los pobres. Y es cierto también que, a no haber salido para Inglaterra con un cargamento de telas y mercaderías genovesas—, donde primero encontré el naufragio, y luego el refugio en Portugal—, ni me hubiera casado con la hija de Perestrello, ni podido hurgar en esos papeles que vos decís. Aunque os consta que, si bien aparento alguna mayor erudición por ganar la confianza de esos señores doctores que se pagan tanto de citas y escolios, os consta, digo, que escarbo con ahinco y estudio en algunos libros de mucha enseñanza, como la *Imago Mundi*, del Cardenal Ailly, la *Historice Rerum*, de Pío II, y el Marco Polo, de cuya lectura continua vivo desvelado y como ardoroso... Pero no sea Martín Alonso, hombre que conoce por trato propio tantas cosas del mundo, quien venga a tacharme de desigual para estas empresas; pues sabéis que muy grandes hechos tienen humilde origen, y que hace más un querer constante que un mucho contemplar. Yo de los estudios me valgo hasta donde puedo; pero entiendo que, a los hombres como yo, y no a ellos, toca el luchar con novedades en tierra y mar, y el sufrir para hacer conocido lo que es ignoto. Ya lo sabéis bien, y a vos lo confieso aunque a otros lo niegue: yo no soy capaz de medir un grado terrestre sin trocar y trabucar los cálculos, pero soy quien descubrirá

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

la Antilia, a despecho de su poca mecánica.

—Bien veis que comparto vuestra suerte, y correspondo con la mía vuestra confianza. Pero esa Antilia ¿por dónde nos vino ni de qué?

—Yo os diré otra vez lo que tanto he dicho ya al mundo. Aquellos papeles, mis noticias cuando hice el corto viaje a Guinea, la conversación de prácticos, y esos libros que he revuelto tanto ¿son poca información? ¿De qué otra manera se adquieren las noticias? ¿De qué otro modo descubrieron a Porto Santo y Madera? Yo os digo que al Occidente de las islas Canarias y del Cabo Verde hay todavía mucha tierra por descubrir, y que aquí daremos con la Antilia, donde en otro tiempo se refugiaban los portugueses perseguidos, la isla de las Siete Ciudades que ponen las antiguas cartas y el globo de Behaim. Ya conocéis la deslealtad que tuvo conmigo el rey Don Juan: no lo descabellado de mi empresa, que no la tenía por tal, sino el precio que yo puse a mi empresa, le hacía dilatar su cumplimiento. Y, entre tanto, por robarme lo mío, mandaba una expedición secreta a descubrir la tierra nueva... ¡Y así os asombra que no haya yo querido nombrar la Antilia antes de ahora, y que esconda tanto mis papeles y cálculos! Aquí estamos solos ante Dios, entre el mar y el cielo, y os hablo a corazón descubierto. Estamos en trance de probar verdades. Yo aquí os lo puedo decir todo. Teive, no lo ignoráis acaso, anduvo a ciento cincuenta leguas de Fayal, y estaba seguro de haber oído tierra ignota al Poniente. Otro cree que la columbró más allá de Irlanda. Finalmente, cuando Vázquez de la Frontera navegó en servicio de Portugal, estuvo a pique de descubrir la misma Antilia o Antilla que yo busco. ¿Y sabéis por qué se detuvo? Pues por esos bancos de sargazo que tanto han dificultado nuestra ruta. Os digo,

pues, que por aquí vamos a la Antilia, tierra nueva. Vos me objetáis que por aquí se llega al Cipango, que está a la parte de las Indias Orientales. Y yo, a mi vez, os pregunto ahora: ¿de dónde nos vino ese Cipango?

—No ignoráis, Cristóbal, lo mucho que del Cipango se ha escrito; y que, cuando precisamente los Padres de la Rábida os propusieron que tratarais conmigo, tuvisteis que esperar mi regreso de Roma, adonde, entre lucros de comercio que siempre es bueno adelantar, yo adquiría noticias del Cipango con un sabio de la Biblioteca Vaticana. También os confieso que mis informaciones tocaban, de paso, no sé qué islas nuevas que habían de salirme al encuentro, y entre ellas puede estar vuestra Antilia. ¡Pues por eso nos hemos puesto al cabo de acuerdo! Y por eso yo os prometí daros los medios materiales de la empresa (harto sabéis que no hay que fiar de señores, aun cuando se llamen de Medinaceli o de más arriba) a cambio de que me ofrecierais continuar el viaje hasta el Cipango.

—Y por eso, Martín, al mismo tiempo que pedí ser nombrado Virrey de las nuevas tierras por descubrir, consentí en traer conmigo, a fin de dejaros complacido, la Carta del Rey al Gran Can de la India, por si en efecto llegamos a la India.

—Y por eso, Cristóbal, yo os dije que si más hubierais tardado en hablar conmigo, yo solo me hubiera hecho a la mar. Que ya tenía anotadas y bien notadas las cartas del Pizzigano (1367), de Beccaria (1435), de Bianco (1436), de Pareto (1455), de Benincasa (1482), donde todas esas islas figuran. Y os repito que antes os hubierais salido con la empresa (aparte de que los moros tuvieran a la Corte ocupada en otro negocio) si, en lugar de prometer nuevas tierras—de las que tenéis costumbre de hablar como si las trajerais guardadas en un cajón—hubierais prometido nuevos y más cortos caminos hacia las riquezas ya conocidas.

—Y por eso, Martín, habéis tomado sobre vos el trabajo de contratar la gente y armar la expedición en Palos; que a mí, como extraño, no me daban oídos. Y no por miedo al Mar Tenebroso, que estaba bueno para asustar a los del tiempo de don Enrique, sino por lo poco que me creían, no querían salir al mar.

—Y también, Cristóbal, porque sospechaban que ibais en busca de la Antilia, y ya en esas buscas se habían perdido dos portugueses, y esto lo sabían los de Palos. Fué entonces cuando mi familia y hermanos vinieron en vuestro auxilio. Y yo tuve que vencer a la gente de que íbamos a Cipango, no a la Antilia, y ofrecerles